A esto está reducida la heroica retirada de la plaza de Guatemala.

Abusaría de la paciencia del público, si por más tiempo continuara expurgando los hechos de Morazán, entre los cuales hay algunos que mueven a compasión y otros a risa.

Pongo por lo tanto punto final para no volverme a ocupar en este asunto si no es que alguna circunstancia imperiosa me lo exija, entendiéndose que no calificaré como tal los denuestos o injurias con que me regalen los cultos morazanistas.

J. Volio.

Nota de la Dirección.—Leyendo los artículos que anteceden, una conclusión se impone. La formidable arremetida de aquel titán de la vida cívica costarricense, don Julián Volio, contra el inconsulto decreto, fraguado en las sombras, e impuesto sin considerandos ni discusión por el Ministro de Soto, don Cleto González Víquez, quien se quedó al margen de la pelea moviendo sin embargo los resortes de su influencia, no es sólo una catilinaria elocuentísima, sino también una requisitoria histórica en que escuetamente se plantean y se niegan las principales cualidades atribuídas a Morazán por sus admiradores. ¿Fué Morazán un hombre de Estado? ¿Fué un genio? ¿Fué un héroe? Estas son para nosotros las cuestiones controvertidas aquí. Negadas por Volio, no conocemos todavía después de medio siglo, ninguna obra donde se les dé otra solución que satisfaga a un espíritu formado en las modernas disciplinas de la historia; la biografía que sin *tropicalismos* nos de a conocer la verdadera personalidad del simpático y atravente caudillo que fué Morazán.

Carl Hoffmann

Nota biográfica

En enero de 1854 y por la vía entonces usual del Sarapiquí, entraron al país tres naturalistas alemanes, Carmiol, Frantzius y Hoffmann. Venían de Europa, en busca de salud alguno, y en el caso del último, huyendo de las persecuciones políticas que el año 48 desató en tantas naciones de Europa. Los tres dejaron una huella tan marcada en el conocimiento del país, que sus nombres no podrán ser olvidados.

Carl Hoffmann había nacido el 7 de diciembre de 1823 en Sttetin, Pomerania, en Prusia, en una familia distinguida. Estudió Ciencias Naturales en la Universidad de Berlín, con tal éxito, que Humboldt lo tenía como el mejor de sus doscientos discípulos; en esa Universidad obtuvo el título de doctor en medicina en 1846. Hizo luego una especialización en cólera-morbo y tuvo una lucida práctica médica en Prusia hasta que las persecuciones políticas lo hicieron abandonar su pueblo y dirigirse a Costa Rica, a donde llegó trayendo con Frantzius una cálida recomendación de Humboldt para don Juan Rafael Mora.

Inició inmediatamente su trabajo de médico y aunque ya en aquella época había algunos doctores, bien pronto se distinguió entre ellos, y de él dijo un contemporáneo que era el As Nº 1 entre los médicos de entonces.

Cuando el Presidente Mora llamó a las armas a los costarricenses para repeler a Walker, Hoffmann ofreció su persona y haberes a Costa Rica, que le fueron aceptados inmediatamente, nombrándosele Cirujano Mayor del Ejército. En la campaña del 56 sus servicios fueron eminentes, y no se limitaron a ayudar y cuidar a los heridos sino que también fué un soldado de gran valor para nuestra campaña. Un testigo presencial, don Juan Blas Venegas, hizo a don Anastasio Alfaro la siguiente semblanza del médico-soldado: "Era un hombre en la flor de la vida, alto, galán, de barba negra, valiente como pocos, afectuoso y servicial lo mismo con el Presidente de la República que con el último soldado. Tenía una puntería admirable: en el famoso once de abril nos habían quitado los filibusteros por sorpresa un cañoncito, que un negro fornido sacaba a intervalos del cuartel enemigo, cargado y listo, con el cual barría la calle que estaba frente a nuestro Estado Mayor; contrariado el doctor Hoffmann con aquella matanza de nuestros compañeros, tomó su rifle y desde una ventana esquinera del cuartel hizo puntería sobre el artillero enemigo, en el momento de darle fuego al cañón, con tal firmeza que el negro cayó sobre la cureña, sin que volviera a levantarse jamás".

Pero hay también otro orden de actividad en que Hoffmann se destacó notablemente: la exploración de nuestra naturaleza: colectó muchos animales y plantas nuevas que hoy llevan su nombre; recorrió las tierras centrales, el Aguacate, el Virilla, la sierra de Candelaria y estando en Santa Cruz de Guanacaste como médico del ejército, pudo hacer algunas colecciones. Sin embargo su labor más importante fué la exploración botánica de los volcanes Barba e Irazú; fué quien mejor determinó los caracteres de la vegetación de la Cordillera Central y sus estudios señalan ya una tendencia de síntesis entre las condiciones geográficas, meteorológicas y humanas y la vegetación de esos lugares. Como resultado de sus estudios tenemos dos publicaciones:

1ª—*Excursion Nach Dem "Volcan de Cartago in Central-America"*, Bonplandia, Jahrgang VI, Nº 3, pp. 27-34.—Hannover, 1856.

2ª—*Eine Excursion Nach Dem Barba-Vulkan in Costa Rica*, Bonplandia, VI Jahrgang, Nº 16-17, pp. 302-320, Hannover, sept. 1858.

Pasada la campaña del 56 el Dr. Hoffmann tuvo una larga enfermedad que le impidió asistir al final de la guerra. Se retiró a Puntarenas, donde murieron sucesivamente su mujer, su ayudante y dos sirvientes, a consecuencia de la fiebre. Ya entonces el Estado le había otorgado una pequeña pensión, con la que pasó sus últimos días, muriendo y siendo enterrado en Esparza el 11 de mayo de 1859. Sus contemporáneos le rodearon de admiración y cariño, y el siempre mantuvo para los nacionales el aprecio y la gratitud más sinceros, especialmente hacia don Juan Rafael Mora, para quien fueran las últimas palabras que escribió.

Después de 70 años de olvido, algunos costarricenses, especialmente don Anastasio Alfaro, se interesaron por traer los restos de Hoffmann a la capital. El Gobierno ordenó el traslado y en los funerales efectuados el 29 de abril de 1929 se le tributaron honores de general de división.

El caso del Dr. Hoffmann es ejemplar: no fué sólamente uno de los más eminentes exploradores del país sino que también puso al servicio de éste sus aptitudes de médico y soldado en los momentos más difíciles de la vida nacional. Por eso el país no podrá olvidarlo nunca.

JORGE LEÓN

Una excursión al volcán Barba de Costa Rica en 1855

(Bonplandia, VI Jahrgang, Nº 16 u 17, Hannover, 1º Setbre. 1858, pág. 302-320).

Por el Dr. Carl Hoffmann

Traducido del alemán por el Prof. don José Dávila Solera

Las dos mayores elevaciones del terreno en la cadena de montañas que limita a San José por el Norte son: el volcán Barba y el Poás, (los Votos, véase Botos o el Viejo). El primero está más hacia el Este, el último hacia el Oeste; entre ambos hay una depresión en esta serie de montañas: el Desengaño, sobre la cual pasa el camino hacia el río Sarapiquí, afluente del San Juan, el cual también de esta manera une el interior de Costa Rica con Greytown o San Juan del Norte, puerto común de Costa Rica y Nicaragua en la costa oriental. La mencionada cadena de montañas se incorpora en el Este por una curvatura hacia el Sur con la montaña del Irazú; al Oeste del Poás tuerce hacia el Norte, atraviesa la provincia de Guanacaste y llega al gran lago de Nicaragua: Siguiendo más o menos en la misma dirección más adelante los volcanes Miravalles, Rincón, Pelón, Orosi y Góngora le pertenecen a ella lo mismo que el pintoresco, esbelto Ometepe y Maderas que se alza de las azules ondas del lago de Nicaragua como un pilón o pan cónico de azúcar refinado.

El volcán Barba, o mejor dicho, la cadena de montañas de Barba, vista desde el Sur, ostenta tres prominencias de las cuales la de en medio se llama en el sentido más estricto, el volcán de Barba. Hasta donde alcanza mi saber nunca europeo alguno ha subido a la cúspide (1). Los fabulosos rumores que corren en boca del pueblo sobre un lago situado en la cumbre y también el interés general por las Ciencias Naturales me impulsaron a dedicar algunos días a trepar a la cima (2).

A las 10 de la mañana del 27 de agosto de 1855 salí de San José acompañado de un compatriota alemán, el boticario Sr. B., con el cielo azul profundo, sin la más

---

(1) En mayo del año pasado (1857) ascendió al Barba el Señor H. Wendland de la casa reinante de Hannover. En mayo de este año (1858) los compatriotas señores Valentine y Twight que viven aquí (en San José de Costa Rica, donde está fechado este artículo). Todos tres encontraron mis observaciones confirmadas. El primero coleccionó algunas especies de plantas que se me habían pasado inadvertidas o que no florecían en ese tiempo.

(2) La guerra de Nicaragua contra Walker en la que me hallé, como Cirujano en Jefe, el cólera y enfermedades han sido causa de la tardía publicación de estas líneas.